

¿Protegemos demasiado

a los niños?

Mejor juega en casa, que así te veo; no me sueltes la mano, que te puede pasar algo; no mires las noticias... Algunos expertos sostienen que hoy los críos crecen entre algodones, apartados del mundo real. ¿Confundimos cuidar con aislar? ¿Les estamos impidiendo madurar?

por ANA GOÑI + fotos CARLOS ALBA

“ El crío hiperprotegido es terriblemente egoísta. Para él lo único que existe es él mismo. ”

Marta Sanz

“ Se redujo la maternidad, llegó el consumismo y lo que tenemos son niños emperadores. ”

Irene Aterido

“ Los límites son un derecho del niño, no una obligación del adulto. ”

Carmen Martínez

“ Les fabricamos un mundo ideal, pero eludimos nuestra verdadera tarea, educar. ”

Helena Resano



Hasta tres años de cárcel. Esa fue la pena que hace unos meses dictó una jueza italiana contra la madre y los abuelos de un chiquillo de 13 años. Según ella, lo habían maltratado, pero de una forma insólita: «Hiperprotegiéndole hasta el extremo de no dejarle crecer». Aquel niño apenas caminaba y no corría, pues le habían prohibido hacerlo (por temor a que cayera), no frecuentaba a nadie y cuando no iba a la escuela estaba encerrado en su cuarto. Sentía un miedo atroz, nunca jugaba con otros chavales... Era víctima, según el fallo, de un *amor nocivo*. Se trata de un caso radical, pero quizá muestre las peores consecuencias de una sociedad, la nuestra, «profundamente algodonosa», en palabras del psicólogo Javier Urra, «en la que a los niños se les coloca en una urna de cristal». ¿Es así? Lo

Helena Resano

Periodista. Presenta el informativo de mediodía La Sexta Noticias.

Marta Sanz

Escritora. Sus últimos libros son *Perra mentirosa/ Hardcore* (ed. Bartleby) y *Black, black, black* (ed. Anagrama).

Irene Aterido

Miembro del Colegio de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid. Consultora en temas de género y web 2.0.

Carmen Martínez

Pediatra. Miembro de la Asociación Española de Pediatría (AEP).

debaten la periodista Helena Resano, la escritora Marta Sanz, la socióloga Irene Aterido y la pediatra Carmen Martínez.

Irene: Hay una tendencia a formarles evitando todo riesgo y conflicto, pero eso no se da siempre. Mientras algunos están permanentemente acompañados y mimados, con todas las actividades programadas, muchos otros se están criando solos, o con la tele. Si entendemos la sobreprotección como una cobertura y un paraguas, ellos no la tienen.

Helena: Quizá eso suceda en la adolescencia, pero en la infancia sí les aislamos de la realidad, de cualquier inseguridad. Algunos piensan que el dinero sale del cajero; no saben que papá y mamá tienen que trabajar. Les estamos haciendo vulnerables, porque evitamos, a veces por falta de tiempo, abordar con ellos temas importantísimos. No les explicamos el porqué de un divorcio ni qué es la amistad o la lealtad... Les estamos convirtiendo en niños-burbuja en un mundo idílico, en el que ellos sólo disfrutaban y nosotros intentamos darles absolutamente todo.

Marta: A mí me parece que esa hiperprotección surge, en parte, porque en nuestra sociedad tenemos mala conciencia respecto a otros países en desarrollo: aquí vivimos muy bien, pero un poco más allá los chiquillos tienen que trabajar como mulas... También, por otro lado, hay padres que perciben la realidad como muy peligrosa, piensan que cada vez hay más menores secuestrados, asesinados... Y eso genera un miedo que deriva en obsesión por proteger a los niños. Pero a los suyos.

Carmen: Y además se une que los adultos toleramos cada vez menos las frustraciones diarias, y eso se lo transmitimos, sin considerar que tienen que convivir con ellas. Creemos que todo debe solucionarse, y de forma inmediata. A mí alguna madre me ha dicho: «Nos hemos separado, ¿no

sufrirá el niño?» ¡Pues claro! Pero tienen que superar los problemas, igual que nosotros, aunque a su nivel. Sin embargo, la gente no asume las dificultades, y proyecta esa actitud en sus hijos: no les deja que *padezcan*, entre comillas, los tropezos normales de la vida.

Helena: En la infancia se los ocultamos, pero luego llega la adolescencia y nos entran prisas porque sepan afrontar todos esos fantasmas. A los 15 años los lanzamos a los leones, cuando esa tarea de que aprendan a encarar los conflictos habría que hacerla desde el principio, desde que son bebés.

YO DONA. ¿Cuáles son las causas de esta tendencia?

Marta: La natalidad es tan baja que el niño es un elemento escaso, y muchas personas giran en torno a él. Acaba creyéndose el ombligo del mundo, y eso le lleva luego a la intolerancia, a ser incapaz de afrontar los fracasos... Se genera en él una conciencia muy egoísta e individualista.

Irene: Además, en esta sociedad de consumo le tienes que dar todo... Pero insisto en lo que decía antes: existen dos caras, la de las clases medias, en las que los chicos reciben todos los caprichos y viven en su burbuja, y un cuarto mundo en el que sólo obtienen educación y pautas en el colegio. Y, sin irnos a situaciones radicales, hay grandes masas de gente que no poseen esa capacidad de consumo, y sus hijos se crían con la televisión, la consola y un poquito en la calle.

Helena: En el modelo actual, la mujer y el hombre trabajan, y eso hace que se retrase la maternidad, con lo cual, como dice Marta, los bebés son muy deseados. Acaban como pequeños emperadores, porque tú sientes que ya has cumplido una etapa laboral y decides dedicarte más a ellos. Al final, son el centro de toda tu vida. También creo que, a veces, nos exigimos que no sufran lo que creemos que hemos padecido nosotros...

Irene: Intentas darles lo que piensas que ni tú ni otras generaciones habéis tenido; porque antes la infancia, según los estándares actuales, era durísima, y se ha pasado al otro extremo. Nos hemos convertido en nuevos ricos: queremos todo; de lo bueno, lo mejor y, además, rápido. La transición ha sido abrupta: se redujo la maternidad, llegó el consumismo y lo que tenemos son niños emperadores que reciben un montón de regalos en Reyes o cuando sea, porque usamos todas las ocasiones que podemos para comprar...

Helena: Además, por falta de tiempo, por agotamiento, no afrontamos nada con ellos. Te vienen con preguntas comprometidas y piensas: «esto no es para su edad»... cuando en un lenguaje más simple sí les podrías explicar las cosas. Ante una muerte, por ejemplo, les decimos: «Te está viendo desde el cielo». Pues no, hay que contarles que esa persona no va a volver, y que eso causa dolor. Por otro lado, nos hemos vuelto padres miedosos, tenemos pánico a todo, a que sufran o les pase algo...

Marta: Sentimos cada vez más terror a la hostilidad de →

Cuidar... sin excesos

«Es esencial que los niños aprendan que todos somos vulnerables, pero que podemos rehacernos y superar las situaciones difíciles», defiende Javier Urra, que ha publicado este año el libro *Fortalece a tu hijo* (ed. Planeta). Se trata de protegerlos, pero sin coartar su desarrollo. En el mundo anglosajón, movimientos como el *Slow parenting* o el *Free-Range Kids* abogan por dejarles explorar el mundo por sí mismos, y darles la posibilidad de elegir y equivocarse. Más radical es el libro *Fifty Dangerous Things (You Should Let Your Children Do)* [50 cosas peligrosas (que deberías dejar que hicieran tus hijos)], una sorpresa editorial en Estados Unidos que detalla algunos experimentos que, según sus autores, conviene que hagan. ¿El primero? Jugar con fuego.

la realidad, a los crímenes... Y esa percepción nos convierte al mismo tiempo en peligrosos, incluso para nuestros propios hijos, ante los que nos volvemos sobreprotectores.

Carmen: Efectivamente, queremos prevenirlo todo, lo cual es imposible. Y, como no podemos, les coartamos hasta la más mínima libertad, que creo que deben tener.

Carmen añade otro aspecto para ella preocupante: la *profesionalización* de la crianza. «Cuando a mi consulta vienen padres con cuestiones intrascendentes, les pregunto '¿Vosotros qué creéis que debéis hacer?', y el 90% acierta. Sin embargo, parece que necesitamos siempre la orientación de un médico, de un

psicólogo o de un profesor; nos falta la confianza de saber que educar es algo más fácil, que siendo sensatos lo haremos bien. ¡Que un padre requiera que un profesional refuerce su postura es tremendo!», sostiene. Y lo es, como explica la pediatra, porque eso aumenta su inseguridad... lo que se traduce en sobreproteger al niño. Entre las risas de sus compañeras, comenta un ejemplo: «Una vez me preguntó uno: '¿Tú crees que lleva muy apretado el pañal?'».

Helena: Dramatizamos mucho y nos culpabilizamos. Nos decimos cosas como: «No ha aprobado porque no he estado lo bastante encima». ¡Es la pescadilla que se muerde la cola! Ahí también entra la falta de tiempo, porque genera ese sentimiento, y además no nos permite *pelear* con ellos, modificar sus conductas.

Carmen: Hay que pensar que, como padres, somos capaces de afrontar muchas cosas, y que también ellos lo son. Es la idea de la resiliencia, la superación de las adversidades por uno mismo. El niño es capaz de hacer sus deberes y, si no los hace, se tendrá que enfrentar a suspender, a la regañina del profesor y a la nuestra. ¡No puedes ponerte tú a hacer sus tareas!

«Hemos prefabricado un mundo ideal, nos hemos mudado a la urbanización perfecta, hemos cambiado nuestros hábitos para que el crío no sufra nada... Pero a la hora de afrontar la verdadera tarea, que es educar, la eludimos», apunta Helena. Esa labor, según Carmen, tiene dos claves: por un lado, establecer límites, que son «un derecho del niño, no una obligación del adulto»; por otro, darle independencia para que vaya cortando cordones umbilicales. «Cuando de pequeños no les dejas experimentar ciertas libertades, las

quieren vivir después de golpe. El ejercicio de la responsabilidad tiene que ser progresivo. Y eso es lo que a lo mejor falla.» ¿Y cuáles son las consecuencias?

Marta: El niño hiperprotegido es muy egoísta. Lo aislamos, y él no tiene conciencia de pertenecer a un grupo, a una familia con sus problemas y debilidades. Para él lo único que existe es él mismo, y hay que gratificarle siempre. Además, muchas veces no tiene límites en los que reflejarse o contra los que construirse, y esgrime sus derechos, que para él son bienes de consumo. Todo esto genera personas cada vez más infantilizadas e individualistas y, al mismo tiempo, más miedosas, lo que las hace agresivas...

Carmen: A mí me preocupa especialmente que, por temor a que les ocurra algo, no les pedimos que tomen iniciativas. Así les impedimos madurar. Se repliegan, se vuelven tímidos, porque no les hemos dejado espacio vital para decidir pequeñas cosas y asumir las consecuencias. No les hemos permitido enfrentarse a sus fracasos.

Marta: La sobreprotección da lugar a ese tipo de niños temerosos y retraídos, pero otras veces se traduce en una seguridad impostada en sí mismos, porque los padres estimulan su autoestima diciéndoles todo el día «tú eres el mejor, el que más vale».

Helena: Estoy de acuerdo con Carmen en que se lo estamos pautando todo. Les organizamos su agenda de ocio y actividades y, además, volcamos en ella nuestras frustraciones: 'Yo no sé idiomas, pues que él sea bilingüe'... No les preguntamos; no les damos elección.

Irene: Ni siquiera les dejamos tiempo libre para jugar, que también es un aprendizaje. ¡Hasta parece que el corro de la patata hay que promoverlo, y con personal formado! No bajan más que un poquito a la calle, porque no les dejamos que salgan al mundo de ninguna manera. Los niños de ciudad no se manchan, no se hieren, no les pasa nada...

Helena: ¡Pero si es que ahora somos nosotros los que jugamos con ellos, y no sus amigos! Llenamos todo su espacio y no les damos libertad para que escojan, y por lo tanto, para hacerse responsables.

Carmen: Estamos demasiado encima, y eso puede repercutir en algo trascendental, porque un niño que no juega por sí solo y al que le controlamos todo, probablemente será poco creativo en el futuro. Tal vez estamos fomentando ese miedo a salir a la vida y a la libertad, y generando personas menos resilientes y que crearán menos en sí mismas.

Entonces, ¿cómo proteger sin excederse? Marta argumenta: «No hay que correr riesgos innecesarios, pero sí explicarles las cosas de la vida y enseñarles el mundo en el que viven». «Debes darles apoyo y afecto, pero dejando que se enfrenten solos a las dificultades y retos propios de su edad. Que den el primer paso, aunque se caigan, que suspendan si no estudian...», dice Carmen. «Hay que acompañarles, pero no pautarles la existencia», añade Helena. Y remata Carmen: «Ni vivir lo que ellos deben vivir». ❌